

## **No me dejes, Madre Mía**

Me preparaba para ir a la Misa en recuerdo de mi padre. Habría cumplido ciento once años. Luego, almorzaríamos juntos los hermanos. Como todos los años, había hecho la torta Mokka, su preferida. Mi madre siempre se la preparaba. Era nuestra forma de decir que no lo olvidábamos.

Al salir del baño, apagué la luz.

— *¡Oye! Préndela y apágala nuevamente ...*

Era mi hijo desde su dormitorio. Lo hago y pregunto “*¿Para qué?*”

— *Porque cuando la apagaste, se prendió la luz acá en la pieza ... Las dos veces. ¡Es raro! Ésta no tiene ninguna conexión con la del baño ...*

— *Debe ser la abuela, dando vueltas por aquí para recordarnos el cumpleaños del Tata y decirnos que está cuidándome y que todo saldrá bien.*

— *¿Tú crees? ... Es verdad ... ella murió en esta pieza ...*

— *¡Seguro!*

El día antes me habían diagnosticado un tumor bastante grande en el colon. Y como siempre lo hago cuando tengo una dificultad, me había encomendado a mis padres pidiéndoles protección. Frente a una enfermedad, a un problema serio, ella siempre mantenía la calma y nos decía:

— *¡Confíen en Dios! Ya verán como todo va a salir bien ...*

Aunque apreté el interruptor del baño varias veces, la luz del dormitorio no volvió a encenderse.

Dos días después, el médico confirmó el diagnóstico. El tumor era canceroso y debía operarme a la brevedad. Y una semana más tarde, me sometí a la cirugía.

Al amanecer del día siguiente, ya en la habitación, conectada al suero, un poco adolorida y aún en ese estado entre despertarse y seguir dormido, viene a mi mente una frase: "*Bendita sea tu pureza ...*"

Sin siquiera pensarlo, murmuro: "... y *eternamente lo sea ...*"

Durante un rato, busco en mi memoria los otros versos de la oración, que van reapareciendo poco a poco, y algo desordenados:

*... a ti celestial Princesa, Virgen Sagrada María, ...*

*... yo te ofrezco en este día ...*

Mentalmente repito desde el principio un par de veces, porque siento que olvido algunos. Sigo en ese estado de seminconsciencia durante un rato y, al tratar de recordar, me doy cuenta sorprendida de que harían ... cuarenta ... cincuenta ... sesenta años que no rezaba esta oración. Ni siquiera me acordaba de su existencia. Mi madre me la enseñaba, sentada en mi cama, todas las noches, cuando yo era niña.

Como en ese entonces, susurro: "... ¡*No me dejes, Madre Mía!*" y retomo mi sueño tranquila, segura de que todo saldrá bien.